

HABRÁ MENOS LIBERALISMO Y MÁS DEMOCRACIA

Marqués de Tamarón

La primera responsabilidad es de la pregunta que se hace, quien responda por derecho entra ya con el paso marcado, y más en materia de ideologías. El seminario de la revista planteó a sus invitados la cuestión del más y el menos del porvenir liberal, a lo cual, y por deferencia, Tamarón mal podía hacer otra cosa que aclararla con el clásico en la mano.

Entiendo que el título de la sesión de esta mañana del 4 de Septiembre —*La globalización liberal, estado de la cuestión tras 2015*— coincide con el del curso que nos reúne —*Después de 2015, ¿más o menos liberalismo?*— y que los dos se aclaran y refuerzan mutuamente.

Pues bien, ambos descansan sobre una pregunta, no del todo retórica y menos aún profética, puesto que las preguntas nunca son proféticas aunque las contestaciones a veces lo sean.

La pregunta sobre si habrá más o menos liberalismo después del presente año de 2015 nos obliga a hacernos

otras preguntas previas: ¿Qué ha de entenderse por liberalismo? ¿Qué suele entenderse hoy por liberalismo? ¿Existe hoy una cascada de sinónimos sagrados: *Democracia, Estado de Derecho, Imperio de la Ley, Libertad, Libertades*? (en inglés la precisión es mayor puesto que *Liberty* y *freedom*s subrayan las diferencias) ¿Se trata en rigor de sinónimos, o de conceptos multívocos, o de antónimos? ¿O tal vez son palabras de una misma familia que desfilan en solemne hierofanía?

Los dos pensadores más citados en España a la hora de reflexionar sobre el liberalismo y la democracia disfrutarán desde el cielo platónico en el que sin duda se encuentran y se sonreirán oyendo tanto despropósito. Me refiero a Aristóteles y a Ortega y Gasset.

Y se maravillarán al observar que casi todos los que hoy citan la *Política* (III. 7) de Aristóteles dicen —por ignorancia o por prudente hipocresía— que el maestro de Alejandro Magno (y de todos nosotros) demostró su hondo y moderno espíritu democrático declarando que las tres formas de gobierno y sus respectivas formas corrompidas son: la monarquía, que puede degenerar en tiranía; la aristocracia, que puede convertirse en oligarquía; y la democracia, que puede caer en demagogia. Lamento, sin embargo, tener que recordar que tales palabras son una tergiversación, por muy políticamente correcta que sean. Lo que dice Aristóteles es que la tercera forma de gobierno (se entiende forma encomiable) es la *politeia* y que su degeneración es la democracia. Para nada habla de la demagogia. La *politeia* es una especie de protoestado de derecho mesocrático. Aristóteles considera la democracia

algo lo bastante corrupto *per se* como para no necesitar otra palabra que subraye su condición decadente.

Llegado a este punto, confieso mi curiosidad. ¿Quién sería el primer traductor de Aristóteles a una lengua moderna que ideó la superchería para salvar la democracia? Por ahora el más antiguo sacerdote de la corrección política que he encontrado es Jules Barthélemy-Saint-Hilaire (1805-1895). Se decía que era hijo de Napoleón, pero (o por eso) se opuso a Napoleón III. Fue Ministro de Asuntos Exteriores de la Tercera República y favoreció la anexión de Túnez. Pero a lo que dedicó más tiempo fue a traducir a Aristóteles, desde 1837 hasta 1892. Este prócer republicano demuestra cierta sinceridad al reconocer, en nota a su traducción en 1874 de la *Política*, lo siguiente:

«La demagogia. He traducido la palabra *democratia* por demagogia cada vez que Aristóteles ha usado *democratia* echándola a mala parte, como aquí. La palabra “democracia” está en nuestros días desprovista de toda idea desfavorable, y no habría en absoluto traducido el pensamiento del filósofo griego. [...] Por lo demás hay que observar que Aristóteles siempre toma la palabra “pueblo” como la parte más pobre y más numerosa de los ciudadanos, del cuerpo político...».

En resumen, este erudito político republicano se escuda en que el *demos* griego era a los ojos de Aristóteles algo tan deplorable como *le peuple* de la república burguesa en Francia.

En fin, puede que el buen humor de Aristóteles ahora que está en las nubes se haya visto turbado por un pellizco do-

loroso de melancolía ante la tergiversación moderna de sus palabras: tal vez se acordará de Sócrates, el maestro de su maestro Platón, el hombre ejemplar para muchos que olvidan, porque no les conviene recordarlo, que fue asesinado por la Democracia.

Por otro lado, recuérdese que la misma voz griega *politeia* fue traducida a veces por *régimen* de gobierno o *constitución*, o incluso *estado de derecho*, y se comprenderá la magnitud del problema, la angostura de la aporía. Tan sólo se me ocurre un remedio: el muy tradicional de releer a Ortega. A veces saca al lector de dudas, a veces lo hunde más en la incertidumbre. En este caso nos ayudaría a salir de las ambigüedades interesadas de la postmodernidad pasar media hora leyendo sus *Ideas de los castillos*, en *Notas del vago estío, El espectador - V* (1926). Allí, el maestro de la ironía socrática se atreve a declarar que democracia y liberalismo no sólo son siempre bien distintos sino con frecuencia antitéticos:

«Pues acaece que liberalismo y democracia son dos cosas que empiezan por no tener nada que ver entre sí, y acaban por ser, en cuanto tendencias, de sentido antagónico.

Democracia y liberalismo son dos respuestas a dos cuestiones de derecho político completamente distintas.

La democracia responde a esta pregunta: ¿Quién debe ejercer el Poder público? La respuesta es: [...] la colectividad de los ciudadanos.

El liberalismo, en cambio, responde a esta otra pregunta: ejerza quien quiera el Poder público, ¿cuáles deben ser

los límites de éste? [...] el Poder público, ejérzalo un autócrata o el pueblo, no puede ser absoluto, sino que las personas tienen derechos previos a toda injerencia del Estado.

[...] Se puede ser muy liberal y nada demócrata, o viceversa, muy demócrata y nada liberal.

[...] Sería, pues, el más inocente error creer que a fuerza de democracia esquivamos el absolutismo. Todo lo contrario. No hay autocracia más feroz que la difusa e irresponsable del *demos*. Por eso, el que es verdaderamente liberal mira con recelo y cautela sus propios fervores democráticos y, por decirlo así, se limita a sí mismo».

Hasta aquí Ortega en sus funciones de moderado optimista que aspira a serenar predicando los ideales de la democracia moderada por los principios liberales, presentes en todo Estado de Derecho. Es decir, que Ortega es partidario de la *politeia* (πολιτεία), mucho más que de la *democracia* (δημοκρατία). Es consciente de que la democracia se asienta sobre la igualdad y el liberalismo sobre la libertad. La democracia absoluta es tan irrespirable como el oxígeno puro. Lo único que evita que la democracia sea invivible es mitigarla con las precauciones de un Estado de Derecho.

Por cuanto antecede resulta inexcusable la creciente sinonimia en usos periodísticos y políticos entre *democracia* y *estado de derecho*. No son la misma cosa; nunca lo han sido. Ni lo eran para Aristóteles. Ni siquiera en la oficialmente llamada por los historiadores *democracia ateniense* (del 508 al 322 a.C.) votaban más de uno de cada diez habitantes.

Asunto distinto es si debemos o no seguir acudiendo a don José Ortega y Gasset como maestro cuando escribe

sobre la democracia deprimido por los acontecimientos de ciertos momentos históricos. En 1917, en su artículo titulado *Democracia morbosa*, escrito a los 34 años, dice:

«En el orden de los hábitos, puedo decir que mi vida ha coincidido con el proceso de conquista de las clases superiores por los modales chulescos. Lo cual indica que no ha elegido uno la mejor época para nacer. Porque antes de entregarse los círculos selectos a los ademanes y léxico del Avapiés, claro es que ha adoptado más profundas y graves características de la plebe. [...]

Toda interpretación *soi-disant* democrática de un orden vital que no sea el derecho público es fatalmente plebeyismo. [...]

La época en que la democracia era un sentimiento saludable y de impulso ascendente, pasó. Lo que hoy se llama democracia es una degeneración de los corazones. [...]

Periodistas, profesores y políticos sin talento componen, por tal razón, el Estado Mayor de la envidia, que, como dice Quevedo, va tan flaca y amarilla porque muere y no come. Lo que hoy llamamos “opinión pública” y “democracia” no es en grande parte sino la purulenta secreción de esas almas rencorosas».

No hace falta recordar que eso fue escrito en el mismo año de la Revolución Bolchevique, 1917. Y que pocos años después, en 1930, el mismo Ortega escribió su artículo *Delenda est Monarchia*, que tanto influjo tuvo en la llegada de la República a España, tras la cual, pocos meses después, publicó *Un aldabonazo*, para insistir en «no es esto,

no es esto» ante los excesos del nuevo régimen. Pero la cumbre de su rechazo del concepto de democracia, desvirtuado en la práctica, la alcanzó en 1949, en la Universidad Libre de Berlín, auténtica «isla en el Mar Rojo», donde en una conferencia ante una multitud de estudiantes dijo:

«La palabra democracia, por ejemplo, se ha vuelto estúpida y fraudulenta. Digo la palabra, conste, no la realidad que tras ella *podiera* esconderse. La palabra democracia era inspiradora y respetable cuando aún era *siquiera como idea*, como significación algo relativamente controlable. Pero después de Yalta esta palabra se ha vuelto ramera...»

En fin, que puestos a añorar utopías, tal vez para Ortega la mejor hubiese sido la Politeia con sendos ramalazos de las otras dos utopías aristotélicas, la Monarquía y la Aristocracia. Y hubiera querido olvidarse de las tres distopías tan presentes en esta nuestra sobornable contemporaneidad: tiranía, oligarquía y democracia (o demagogia, si prefieren ustedes los eufemismos de la corrección política, que Aristóteles desconocía).

Claro que tampoco conocía esos dos útiles neologismos helenistas alumbrados veinte siglos más tarde en la brumosa Albión, utopía y distopía.

Por eso y al llegar a consideraciones pesimistas siempre me viene a la mente lo que hace muchos años oí decir al director de un centro de análisis y prospectiva internacionales:

«Los que vivimos de una bola de cristal hemos de resignarnos a terminar a veces masticando vidrios rotos».

Lo peor es que ese miedo, casi certidumbre, del error probable en sus palabras que siente el propio augur, surge por igual al emitir dictámenes optimistas o zozobras pesimistas. Y hoy, esta semana, los ecos ominosos que nos llegan de Oriente Medio nos recuerdan el verso de Coleridge, *ancestral voices prophesying war*, voces ancestrales que profetizan guerra.

Tal vez, ojalá no sea así, precisamente un aumento del poder del *demos* —llamémoslo democracia o demagogia, qué más da— constituirá el explosivo mortal que haga añicos el débil liberalismo que algunos creyeron que se estaba construyendo en tantas llamadas primaveras árabes. ■